

Canonizar e indultar

MACIEK WISNIEWSKI :: 10/08/2018

Las canonizaciones de Francisco I -un negocio que tampoco inventó-, parecen muchas veces confundirse con indulgencias

Como para ser su acérrimo enemigo -según el bien difundido análisis biempensante- se parece, sospechosamente, bastante a un amigo. Hablo del papa Francisco I frente a la junta cato-nacionalista y post-fascista de Varsovia, o sea, el gobierno populista de Ley y Justicia (PiS), sostenido, entre otros, en el episcopado ultra post-wojtyliano.

Ustedes dirán.

Polonia bajo su mando está en la vanguardia del revisionismo histórico. El re-escribimiento del pasado con tinta de colores patrios -y un abundante toque de pardo- alcanzó su cenit a principios del año con la ley que prohíbe hablar de cualquier complicidad polaca en el holocausto (que sí la hubo...).

Ahora la decisión de Francisco I de avanzar el proceso de santificación del cardenal August Hlond (1881-1948), primado de Polonia desde 1926 hasta su muerte, conocido por su feroz nacionalismo, anticomunismo y antisemitismo -todas las características propias de un verdadero polaco, según PiS- se inscribe perfectamente en esta política (¿aún después de la muerte de Juan Pablo II la línea roja Vaticano-Polonia sigue intacta?).

El decreto papal lo declara venerable y reconoce sus virtudes heroicas. En cuanto a lo mundano hay que decir que sí resistió a los nazis y rechazó ofertas de colaboración. Incluso -durante su exilio en Francia- escondió a unos judíos y les dio pasaportes (Wież, 4/6/18), según como él mismo lo contaba después de la guerra. Sea como fuere, tal vez poco para un gran cardenal, pero bueno.

Ustedes dirán.

Junto con la reciente indulgencia otorgada a Polonia por Benjamin Netanyahu -una declaración conjunta polaco-israelí que reza básicamente que los polacos se portaron estupendamente durante el holocausto (*Haaretz*, 6/7/18), a.k.a. una estúpida, ignorante y amoral traición de la verdad (Y. Bauer *dixit*)-, la decisión de Francisco I es otra pluma en la gorra de la derecha polaca.

Lo de la indulgencia lo dijo el viejo Uri Avnery (*Gush Shalom*, 14/7/18). Como Israel no tiene (casi) riquezas naturales, “se dedica a vender las ‘indulgencias del holocausto’”, emulando a la empresa inventada hace siglos por la misma iglesia católica y que tanto en su tiempo antagonizó a Lutero: ya le otorgó una a la Alemania de Adenauer (a cambio de unas generosas reparaciones); ahora le tocó a Polonia (a cambio de unos favores políticos).

Netanyahu -“que no inventó este *business* sino que lo heredó de sus predecesores” e igual que un papa en viejos tiempos- avalando finalmente después de su negativa inicial la ley del

holocausto polaco, hizo justamente lo que Francisco I hizo con Hlond y a lo que apuntaron las organizaciones judías censurando su decisión: blanqueó el antisemitismo y envalentonó a la derecha polaca en su afán de rescribir la historia de aquella época.

Curioso. Según unos, Hlond fue colocado en la pista recta a la santidad a pesar de su posición hacia los judíos (*Haaretz/AP*, 4/7/18); según otros (al menos en parte), por la defensa de ellos (*The New Yorker*, 11/7/18).

Ante el viejo dilema vaso medio vacío/vaso medio lleno, se antoja decir ipasen otro vaso!: en su postura hacia el tema -ambigua en el mejor de los casos (una característica muy propia de Francisco I...)- es en vano buscar virtudes heroicas.

Ustedes dirán.

En el centro de la controversia está la carta pastoral (1936) en la que acusó a los judíos de librar una guerra contra la iglesia, ser vanguardia de ateísmo, librepensamiento, bolchevismo y de la actividad revolucionaria, corromper la moral católica, perpetuar fraude, usura, prostitución y propagar pornografía.

Los condenó por haber rechazado al Cristo y señaló que “el ‘problema’ persistirá hasta que “los judíos permanezcan judíos” (sic). Abogó por su boicot económico, escolar e intelectual, oponiéndose a la vez a los ataques físicos.

O sea, pegar o matarlos era malo, pero no había nada malo en difamarlos y marginarlos, dos prerrequisitos que... tal cual y en pocos años harían posible el holocausto. ¿Y lo demás? Pura perpetuación y racionalización del antisemitismo bajo la coartada de la defensa de los judíos, una vieja práctica de la Iglesia desde el papa Calixto II (*Sicut Judæis*, 1120).

Los defensores de Hlond dicen que tan solo reflejaba el pensamiento de sus tiempos, que cambió sólo tras el Concilio Vaticano II (*Nostra aetate*, 1965), pero como bien apuntó *Tygodnik Powszechny*, un semanario católico de Cracovia -para el cual quien escribe estas líneas colaboró, ahora sí, orgullosamente, por años- “¿no es que de los futuros santos esperaríamos que estén ‘un poco adelante de sus tiempos’”?

Esto nos lleva de regreso a Francisco I, cuyas canonizaciones -un negocio que tampoco inventó, sino heredó de sus predecesores (sobre todo de JP II...)-, parecen muchas veces confundirse con indulgencias [mezcladas, para disimular, con otras muy justificables pero de países sin importancia geopolítica, como la de Monseñor Romero].

Más que un proceso de poner ejemplos a seguir son un lavadero de personajes -JP II: encubridor de pederastas (isanto!), Madre Teresa: abusadora y defraudadora (isanta!), etcétera-, indistinguible del revisionismo histórico de la derecha.

Ustedes dirán.

*Periodista polaco
La Jornada / La Haine

<https://www.lahaine.org/mundo.php/canonizar-e-indultar>